

— ¡Silencio! silencio! dijo, dejemos en manos de Dios las cosas por venir; pero suceda lo que quiera, no me separaré de vos con un adiós eterno.

— ¡Sea! dijo Salvato saltando por el balcón al caballo, y sin apartar sus brazos del cuello de Luisa, que se inclinó hacia él con la suavidad de un junco. ¡Y bien, sea, adorada de mi corazón! ¡Hasta la vista!

Y la última palabra, símbolo de la esperanza, se perdió entre sus labios en un primer beso.

Salvato dió un grito de alegría y de dolor al mismo tiempo, y espoleó al caballo que saliendo al galope lo arrancó de los brazos de Luisa y se perdió en la obscuridad.

— ¡Oh! sí, murmuró la joven, ¡volverte á ver y morir!

CAPÍTULO XIX

La batalla

Hemos visto á Championnet retirarse de Roma haciendo á Thiebaut y á sus quinientos compañeros el solemne juramento de volver á libertarlos antes de veinte días.

En cuarenta y ocho horas se encontró en Civita-Castellana.

Su primer cuidado fué visitar la ciudad y sus alrededores.

Puso en estado de defensa la ciudadela construída por Alejandro VII, que servía de cárcel, y colocó en posición conveniente los diferentes cuerpos de su pequeño ejército.

Colocó á Macdonald, con siete mil hombres, en Borghetto, mandándole sacar el mejor partido posible para defenderse, de la casa de postas y de algunas casuchas que la rodean, apoyándose en Civita-Castellana, que formaba el ala derecha del

ejército francés. Envió al general Lemoine con quinientos hombres á los desfiladeros de Terni, colocados á su izquierda, diciéndoles, como Leonidas á los espartanos :

— « ¡Morid matando ! »

Casabianca y Ruscaux recibieron la misma orden para los desfiladeros de Ascoli, formando la extrema izquierda. Mientras Lemoine, Casabianca y Ruscaux pudieron sostenerse, Championnet no temía ser envuelto, y mientras sólo fuera atacado de frente, esperaba resistir. Y por último, envió dos correos al general Pignatelli, que organizaba la legión romana entre Cívita-Ducale y Marano, con orden de ponerse en marcha en cuanto su gente estuviera dispuesta, y de reunirse al general polaco Kniasewitch, que tenía á sus órdenes el segundo y tercer batallón de la media brigada núm. 30 de línea, dos escuadrones del 16º de dragones, una compañía del 19º de cazadores á caballo y tres piezas de artillería, y de marchar con él al fuego en cualquiera dirección en que lo oyeran.

El general de brigada Lahure recibió además la orden de tomar posición en Regnano, delante de Cívita-Castellana, con la media brigada núm. 15, y el general Mauricio Mathieu marchó sobre Vignanello, para cortar á los napolitanos

la posición de Orte é impedirles pasar el Tíber.

Al mismo tiempo envió dos correos por el camino de Spolétar y de Foligno para acelerar la llegada de los tres mil hombres de refuerzo prometidos por Joubert.

Una vez tomadas estas disposiciones, esperó á pie firme al enemigo, cuyos movimientos podía observar desde lo alto de su posición de Cívita-Castellana, donde se había quedado con una reserva de mil hombres, para dirigirse con ella á donde fuese necesario.

Afortunadamente, en lugar de perseguir sin descanso á Championnet, con su numerosa y magnífica caballería, Mack perdió tres días en Roma y otros tantos en reunir sus cuarenta mil hombres para marchar sobre Cívita-Castellana.

Mack dividió su ejército en cinco columnas y se puso en marcha.

Según los estrategistas, Mack debió hacer lo siguiente :

Llamar por Perugia la división del general Naselli, conducida y escoltada á Liorna por Nelsón, llevar las principales fuerzas de su ejército á la izquierda del Tíber y acampar en Terni, y por último, atacar con fuerzas seis veces mayores las de Macdonald, quien, cogido entre los ocho mil hombres de Naselli

y treinta ó treinta y cinco mil que Mack debía llevar á sus inmediatas órdenes, no hubiera podido resistir. Por el contrario, diseminó sus fuerzas dividiéndolas en cinco columnas y dejó libre el camino de Perusa.

Verdad es que las poblaciones inmediatas, excitadas por las proclamas del rey, se habían sublevado y que por todas partes estaban prontas á secundar los movimientos de Mack.

Éste se adelantó precedido de una proclama ridícula, á fuerza de ser bárbara. Championnet había dejado en los hospitales de Roma trescientos enfermos recomendándolos al honor y á la humanidad del general enemigo; pero advertido Mack por el rey de la manera con que la guarnición de San Angelo había salvado la vida á los dos cónsules, redactó un manifiesto en el cual declaraba á Championnet que se si atrevía á defenderse, la vida de los trescientos enfermos dejados en Roma respondería de los soldados que perdiera él en el combate, entregándolos á la *justa indignación* del pueblo romano, lo que equivalía á decir que serían descuartizados por el populacho transtiberino.

La vispera de la aparición de los napolitanos ante las avanzadas francesas, esta proclama llegó á manos de Macdonald.

Aquella alma leal se exasperó al leerla. Tomó la pluma y escribió al general Mack:

« Señor general:

» He recibido el manifiesto; ¡ tened cuidado! los republicanos no son asesinos; pero os declaro que la muerte violenta de un solo enfermo de los hospitales romanos será la condenación á muerte de todo el ejército napolitano, y mandaré á mis soldados que no den cuartel.

» En una hora será conocida vuestra proclama de todo el ejército, y vuestras amenazas producirán una excitación y un horror que sólo podrá sobrepujar el desprecio que inspira el que las hace.

» MACDONALD. »

Macdonald distribuyó una docena de aquellas proclamas é hizo que los jefes las leyeran á sus soldados y él corrió á galope á Cívita-Castellana para comunicarla á Championnet y pedirle instrucciones.

Encontró al general sobre el magnífico puente del río Maggiore, con el antejo en la mano, examinando las inmediaciones y dictando notas que su secretario escribía sobre un plano militar.

Al ver llegar á Macdonald á galope, pálido y agitado, el general dijo :

— Al veros de lejos, pensé que me traíais noticias del enemigo; pero veo que me he equivocado, pues si así fuera, no vendríais triste y agitado.

— Sin embargo, las traigo; vedlas.

Y le entregó el manifiesto.

Championnet lo leyó sin cólera ni sorpresa, contentándose con encogerse de hombros.

— ¿ No conocíais, dijo, al hombre con quien tenemos que habérmolas? ¿ Y qué habéis respondido?

— He dado lo primero orden de leer el manifiesto á todo el ejército.

— Bien hecho; bueno es que el soldado conozca á su enemigo, y mejor aún, que le desprecie. ¿ Y qué habéis contestado al general Mack?

— Que cada prisionero napolitano responderá de los enfermos franceses que hay en Roma.

— En ese caso habéis hecho mal.

— ¿ Mal?

Championnet miró á Macdonald con infinita dulzura, y añadió poniéndole la mano sobre el hombro :

— Amigo, no es con sangrientas represalias como los republicanos deben responder á sus enemigos. Los reyes están más que dispuestos á calumniarnos;

no les demos ni aun el pretexto de censurarnos. Volveos, y leed á vuestra gente la orden del día que voy á daros; y dictó á su secretario lo siguiente :

« Orden del día del general Championnet la víspera de la batalla de Cívita-Castellana ».

— Así se llamará, dijo Championnet á Macdonald interrumpiéndose, la batalla que ganaréis mañana.

Y continuó dictando :

» Todo soldado napolitano que caiga prisionero será tratado con la humanidad y dulzura propias de los republicanos con los enemigos vencidos.

» Todo soldado que maltrate á un prisionero desarmado será castigado severamente.

» Los generales son responsables de la ejecución de estas dos órdenes... »

Iba Championnet á tomar el lápiz para firmar la orden, cuando un cazador á caballo, cubierto de lodo y herido en la frente, apareció al otro lado del puente, y corriendo hacia Championnet, le dijo :

— Mi general, los napolitanos han sorprendido una avanzada de cincuenta hombres en Baccano, y los han degollado á todos en el cuerpo de guardia, y para que ningún herido se salve, han pegado fuego á la casa, que se ha desplomado sobre nosotros, en medio de los insultos de los realistas y de los gritos de alegría de la población.

— Y bien, general, ¿qué pensáis de la conducta de nuestros enemigos? dijo Macdonald triunfante.

— Que hará resaltar mejor la nuestra.

Y firmó.

Y como Macdonald parecía desaprobador esta moderación, Championnet continuó diciendo:

— Creedme, así es como la civilización debe responder á la barbarie. Id, Macdonald, os lo suplico como amigo, mandad publicar al instante esta orden del día, y si fuese necesario, os lo mandaría como jefe.

Macdonald quedó un momento suspenso é indeciso; pero abrazando de repente á Championnet, le dijo:

— Dios estará con nosotros mañana, mi querido general, porque sois á un mismo tiempo la justicia, el valor y la bondad.

Así diciendo, montó á caballo y corrió á formar su gente en batalla, para leerles la orden del día de Championnet que produjo transportes de entusiasmo.

Aquellos eran los últimos días hermosos de la república; nuestros soldados conservaban aún algunos de los grandes rasgos humanitarios, brisas supremas, debilitados soplos del viento revolucionario de 1789, que debían después confundirse en

admiración y adhesión hacia un hombre; no perdieron su grandeza, pero no fueron tan buenos.

Championnet envió inmediatamente correos á Lemoine y á Casabianca para anunciarles que serían probablemente atacados al día siguiente, y ordenarles que si el enemigo forzaba los desfiladeros que ellos debían defender, le enviasen correos al instante para que él pudiera tomar sus medidas. Lahure por su parte recibió aviso de lo que había pasado en Baccano por el mismo cazador que escapó de la matanza y que ensangrentado aún del combate de la víspera, solicitaba ser uno de los primeros en el día siguiente, para vengar á sus camaradas y vengarse á sí mismo.

Á las tres de la tarde bajó Championnet á Civita-Castellana y empezó por visitar las avanzadas del general Lahure, y después la división de Macdonald; mezclóse con los soldados recordándoles que eran los hombres de Arcola y de Rívoli acostumbrados á luchar uno contra tres, y por lo tanto que combatir uno contra cuatro no debía intimidarles.

Después comentó la orden del día y el manifiesto del general Mack. Dijoles que el soldado republicano, propagador de las ideas revolucionarias, es un apóstol armado, y que los soldados del despotismo sólo eran mercenarios sin convicciones. Preguntóles

si amaban la patria y si consideraban la libertad como el objeto de los esfuerzos de toda nación inteligente, y si con esta doble convicción, que había estado á punto de dar el triunfo á trescientos espartanos contra los ejércitos de Xerxes, pensaban que diez mil franceses pudieran ser vencidos por cuarenta mil napolitanos.

Aquellos soldados eran dignos de su general, y se contentaron con preguntarle sonriendo si no les faltarían municiones.

Y como Championnet les asegurase que no :

— Todo saldrá bien, respondieron.

Aquella noche mandó Championnet distribuir media botella de vino y media libra de carne por plaza, y buen pan, que él mismo vió cocer en Civita-Castellana. Aquella era una cena de sibaritas, para hombres que carecieron de todo durante tres meses, y de paga durante seis.

Después recomendó no sólo á los jefes, sino á los soldados, la mayor vigilancia.

Por la noche encendieron grandes hogueras en los campamentos, y las músicas tocaron la *Marsellesa* y el *Canto de partida*.

Los habitantes de las aldeas inmediatas miraban sorprendidos aquellos hombres que iban á combatir y á morir probablemente al siguiente día, y que se

preparaban al combate y á la muerte con cantos y fiestas. Aun para aquellos que no lo comprendían el espectáculo era grande.

La noche pasó sin alarma; pero al salir el sol vieron al ejército napolitano adelantarse en tres columnas, y la cuarta, que marchaba sobre Terni sin ser vista, podía adivinarse en la nube de polvo que levantaba en el horizonte. La quinta columna, que salió la noche antes de Baccano para Ascoli, no podía verse.

Las tres columnas que habían quedado á las órdenes de Mack ascendían á treinta mil hombres poco más ó menos; seis mil debían atacar nuestras avanzadas en el ala izquierda: cuatro mil debían ocupar la aldea de Vignanello, que dominaba todo el campo de batalla, y por último, la masa más formidable, la que se componía de veinte mil hombres, y que estaba mandada por Mack en persona, debía atacar á Macdonald y á sus siete mil hombres.

Championnet había escalonado sus reservas en las rampas de la montaña en cuya cumbre estaba él mismo con el anteojo en la mano.

Sus ayudantes de órdenes le rodeaban, prontos á llevarlas donde fuese necesario.

El brigadier Lahure sufrió el primer fuego.

Había colocado su línea fuera del pueblo cuya, casas hizo aspillar. Los soldados que lo atacaban eran los mismos que el día anterior asesinaron los prisioneros de Baccano. Mack les había hecho beber sangre como se hace con los tigres para volverlos más bravos y feroces.

Acometieron vigorosamente; pero para los franceses las tradiciones de las tropas napolitanas eran tales que no podían asustar á nuestros soldados. Lahure, con un millar de hombres, rechazó el primer ataque con gran sorpresa de los napolitanos que volvieron á la carga para ser de nuevo rechazados. Viendo esto el caballero Micheroux, que los mandaba, hizo aproximarse la artillería contra las primeras casas donde estaban emboscados nuestros tiradores, y las casas se hundieron dejando á los defensores sin abrigo. Esto produjo un momento de confusión, de que se aprovechó el enemigo para lanzar una columna de tres mil hombres sobre la aldea y apoderarse de ella.

Detrás del pueblo reunió Lahure y rehizo su pequeña columna en una hondonada del terreno; de modo que al salir de la aldea los napolitanos fueron recibidos con un fuego tan violento, que les obligó á retroceder.

Micheroux entonces mandó atacar á los franceses

en tres columnas, una de tres mil hombres, que atravesó la calle principal, y dos de á quinientos que rodearon ésta.

Lahure esperó valerosamente al enemigo en las trincheras naturales en que se había emboscado, y no permitió á los soldados que hicieran fuego sino á boca de jarro; pero las columnas napolitanas eran tan profundas, que siguieron adelantando, porque las últimas filas empujaban á las primeras. Lahure vió que iban á forzar su línea, y mandó formar el cuadro para retirarse en buen orden sobre Cívita-Castellana.

La maniobra se ejecutó como en una parada. Formáronse tres batallones en cuadro bajo el fuego de los napolitanos, y sostuvieron muchas cargas brillantes de la caballería enemiga.

Desde lo alto de su roca miraba Championnet esta magnífica defensa. Vió á Lahure batirse en retirada hasta el puente de Cívita-Castellana; pero también observó que los napolitanos, al perseguirlo, se habían desorganizado mucho, y envió un ayudante al valiente Lahure, diciéndole que tomase la ofensiva y que le enviaba quinientos hombres de refuerzo. Lahure hizo correr esta noticia en las filas, que fué recibida á los gritos de ¡viva la República! y viendo llegar á la carrera el refuerzo prometido, se lan-

zaron á la bayoneta con tal impetuosidad sobre los napolitanos, que éstos, que no esperaban el ataque y que se creían vencedores, empezaron por sorprenderse y concluyeron por echar á correr. Lahure los persiguió haciéndoles quinientos prisioneros y matándoles más de setecientos: tomólos dos banderas y las cuatro piezas de artillería con que habían demolido las casas de Regnano, donde volvió á ocupar su primera posición.

Entretanto, el jefe de la tercera columna, que formaba el ala derecha, y que se había apoderado de Vignanello, viendo llegar al general Mathieu con una columna dos tercios inferior á la suya, mandó á su gente que se adelantara fuera de la aldea, que colocara una batería de cuatro piezas y atacara á los franceses. Ejecutóse la orden; pero Mathieu dió tal impulso á sus tropas que, aunque fatigadas por la forzada marcha del día precedente, rechazó al enemigo y lo atacó á su turno, obligándole á refugiarse en Vignanello con tal prisa y confusión, que la batería no tuvo tiempo más que de hacer una descarga, y cañones y furgones quedaron en poder de unos cincuenta jinetes que formaban toda la caballería de Mathieu. Éste se sirvió de las piezas contra la aldea, cuyos habitantes habían tomado parte por los napolitanos, y les mandó

á decir que si éstos no la evacuaban, la destruiría.

Espantados con la amenaza, los napolitanos salieron de la aldea y fueron perseguidos á la bayoneta hasta Borghetto.

Tuvieron quinientos muertos, otros tantos prisioneros y perdieron una bandera y cuatro cañones.

El ataque del centro era más grave; Mack lo dirigía al frente de treinta mil hombres.

La vanguardia de Macdonald, colocada entre Otricoli y Cantalupo, estaba mandada por el general Duhesme, que había pasado recientemente del ejército del Rhin al de Italia. Sabida es la rivalidad que existía entre el ejército del Rhin y el de Italia, orgulloso de haber peleado á las órdenes de Bonaparte y de haber alcanzado victorias más brillantes que su rival. Duhesme quiso probar á los soldados del Tesino y del Mincio que era digno de mandarlos; en vez de aguardar el ataque, dió orden á dos batallones del 15° de ligeros y del 11° de línea que cargasen á la carrera la columna que se adelantaba contra ellos; hizo maniobrar sobre el flanco derecho del enemigo dos piezas de artillería ligera, púsose él mismo á la cabeza de tres escuadrones del 19° de cazadores á caballo, y atacó al enemigo en el momento en que éste creía

atacarle. Viendo aquella columnilla perdida y casi sumergida en las olas del ejército napolitano, Macdonald mandó á dos mil hombres que sostuviesen la vanguardia; aquellos dos mil hombres se lanzaron á paso de carga y acabaron de poner en desorden la primera columna que se replegó sobre la segunda, compuesta de diez á doce mil hombres.

En su movimiento retrógrado, la columna napolitana había abandonado dos cañones que acababa de poner en batería, y que no habían llegado á disparar, seis cajas de municiones, dos banderas y seiscientos prisioneros. Quinientos ó seiscientos napolitanos, muertos ó heridos, quedaron en el espacio vacío que se formó entre el punto desde donde la vanguardia francesa había salido y el que á la sazón ocupaba; pero este espacio no permaneció mucho tiempo vacío; pues Duhesme y sus hombres, obligados á retirarse delante de la segunda columna, inquietados en sus flancos por los restos de la vanguardia que se había rehecho, y por nubes de aldeanos que peleaban como tiradores, retrocedían paso á paso, pero al fin retrocedían.

Macdonald envió un ayudante á Duhesme, para decirle que volviese á su primera posición, hiciese alto, formase su tropa por batallones en cuadro y recibiese al enemigo á la bayoneta. Al mismo tiempo

dió orden á una batería de cuatro piezas, colocada en un pequeño promontorio, que empezase el fuego, y él mismo, con el resto de su tropa, es decir, con cinco mil hombres poco más ó menos, divididos en dos columnas de ataque, pasando á derecha é izquierda del batallón de Duhesme, cargó como un simple coronel.

Championnet, dominando el inmenso campo de batalla, olvidaba su propia responsabilidad para seguir á Macdonald, á quien amaba como á un hermano. Veíale, general y soldado á un mismo tiempo, mandar y combatir con aquella calma, que era el carácter distintivo del valor de Macdonald, y á la vista de este peligro, sentía oprimírsele el corazón sin poderlo dominar. Hubiese querido estar detrás de él para gritarle que se detuviera, y á pesar suyo se veía obligado á admirar y aplaudir aquella intrepidez. Championnet estaba ya á punto de enviarle un ayudante para mandarle que se retirara, cuando vió que Macdonald empezaba á operar aquella evolución. Al mismo tiempo, para facilitarla, Duhesme volvía á formarse en columna y daban tan vigoroso empuje al centro de los napolitanos, que los obligaba á retroceder.

Desembarazado Macdonald, formaba su tropa en cuadro por batallones, y parecía divertirse

en esperar á cincuenta pasos las cargas de la caballería napolitana, y amontonar por los dos puntos por donde era atacado los cadáveres y los caballos. Duhésme se había formado también en cuadros, y el campo de batalla ofrecía el aspecto de treinta mil hombres sitiando seis reductos vivientes, que se componían de mil doscientos hombres cada uno y que vomitaban torrentes de fuego.

Viendo Mack que tenía que habérselas con un enemigo imposible de arrollar, resolvió utilizar su numerosa artillería, y mandó establecer, en dos puntos que dominaban el campo de batalla, dos baterías de veinte piezas cada una, cuyos fuegos cruzados batían diagonalmente los cuadros, en tanto que otras diez piezas atacaban de frente el de Duhésme, que formaba el centro, con objeto de abrirlo y lanzar por él una formidable columna que tenía prevenida para cortar en dos el centro del ejército republicano.

Championnet veía con inquietud el combate convertirse en una batalla contra la cual no podrían nada el valor ni el genio; sondeaba con la mirada las profundas masas de Mack que ondulaban en el horizonte, cuando de repente, dirigiendo la vista á su izquierda, vió por el lado de Rieti brillar armas

en medio de un torbellino de polvo que se adelantaba rápidamente: creyó que era un nuevo refuerzo que le llegaba á Mack, ó quizás las tropas que el día anterior había enviado á Ascoli, cuando volviéndose para preguntar á uno de sus ayudantes de órdenes, llamado Villeneuve y famoso por su excelente vista, apercibió por el lado opuesto, es decir, por el camino de Viterbo, un segundo cuerpo que le pareció todavía más considerable que el primero y que se encaminaba hacia el campo de batalla con igual diligencia. Hubiérase dicho que aquellos dos cuerpos, cualesquiera que fuesen, se habían dado la consigna para llegar cada cual por su lado á la misma hora, casi al mismo minuto, para tomar parte en la misma batalla.

¿Sería quizás el cuerpo del general Nasselli que llegaba de Florencia, resultando ser Mack un general más hábil de lo que se hubiera creído?

De repente, el ayudante Villeneuve lanzó un grito de alegría, y tendiendo las manos hacia las nubes de polvo que aquella numerosa tropa levantaba en el camino de Viterbo, entre Ronciglione y Monteroso, exclamó:

— ¡General, la bandera tricolor!

— ¡Ah! dijo Championnet, son los nuestros; Joubert me ha cumplido su palabra.

Y luego, volviendo los ojos hacia la otra tropa que llegaba de Rieti, añadió:

— ¡Oh! ¡diablo, esa sería demasiada fortuna!

Los ojos de todos los que rodeaban al general se volvieron hacia el punto que éste designaba con el dedo, y un solo grito se escapó de todos los labios.

— ¡La bandera tricolor! ¡la bandera tricolor!

— ¡Es Pignatelli y la legión romana, son Kniasewitch y sus polacos, sus dragones y sus cazadores de á caballo! ¡es la victoria, en fin!

Entonces el general republicano, con ademán de maravillosa grandeza, tendiendo el brazo hacia Roma, exclamó:

— Rey Fernando, ahora puedes, como Ricardo II, ofrecer tu corona por un caballo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

CAP. I. — El palacio Corsini en Roma.....	5
— II. — Giovanina.....	25
— III. — Andrés Backer.....	50
— IV. — Los canguros.....	70
— V. — El hombre propone.....	87
— VI. — El acróstico.....	99
— VII. — Los versos sáficos.....	108
— VIII. — Dios dispone.....	120
— IX. — El pesebre del rey Fernando.....	140
— X. — Poncio Pilatos.....	153
— XI. — Los inquisidores de Estado.....	168
— XII. — La partida.....	184
— XIII. — Algunas páginas de historia.....	197
— XIV. — La diplomacia del general Championnet	213
— XV. — Fernando en Roma.....	232
— XVI. — Habla el castillo de San Angelo.....	243
— XVII. — Donde reaparece Nanno.....	263
— XVIII. — Aquiles en casa de Deidamia.....	276
— XIX. — La batalla.....	295